

Mabel Moraña y María Rosa Olivera-Williams eds. *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en América Latina*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2005.

Durante la última década del siglo xx, los llamados “*Cultural Studies*” adquieren más visibilidad y se multiplican los departamentos universitarios para su estudio (desde Canadá hasta Bolivia). Los estudios culturales son “el encuentro y conflicto entre lo global y lo local. Estos estudios se interesan en las geografías culturales y las localidades geoculturales, las políticas de la enunciación y las localizaciones institucionales” (Nara Araújo). Se nutren de diferentes fuentes teóricas, con marcada presencia de la tradición marxista en su inicio. En 1964, se crea el Centro de Investigaciones de Birmingham, Inglaterra (Centro para Estudios Culturales Contemporáneos), con el objeto de estudiar “las formas, las prácticas y las instituciones culturales, así como sus relaciones con la sociedad y el cambio social”.

Las investigaciones en torno a la resistencia al orden cultural industrial se diversifican en las dos décadas posteriores con la convicción de que no se puede abstraer “la cultura” de las relaciones de poder y de las estrategias del “cambio social”.

Stuart Hall, jamaíquino, teórico en cuestiones de raza, introduce en la década de 1970 no sólo estudios de raza y etnia (subcultural–marginales), sino también la problemática de género y los estudios feministas. Con aportaciones de autores marxistas no dogmáticos (como Antonio Gramsci y la noción “nacional-popular”), las investigaciones de la década de 1970 son deudoras de la escuela de Frankfurt: Walter Benjamin, Georg Luckács y Mijail Bajtin; posteriormente, de la influencia de “la teoría francesa” con Louis Althusser, Levi-Strauss y Lacan, pero también Sartre y Goldman, aunque se olvidan con frecuencia de la historia y la economía política (Raymond Williams).

Con la década de 1980, “el giro etnográfico” y los cambios políticos en Inglaterra (triumfo de la derecha e inicio de la globalización) surgen nuevos modelos de “sujeto” e identidades sociales que provocan un nuevo posicionamiento de los estudios culturales.

Signos Literarios

Cuando las identidades sociales clasistas se disuelven debido a complejos fenómenos —como la globalización, las inmigraciones forzosas y el problema de la “multiplicidad de identidades”— se producen, por un lado, la expansión en la década de 1990 de los departamentos de estudios culturales y, por otro, el abandono de los “compromisos”. Los investigadores vuelven sus ojos al llamado Tercer Mundo, y más precisamente, hacia América Latina, cuya problemática sirve para ilustrar este peligro: “el de la ambigüedad de un tipo de reconocimiento de teóricos latinoamericanos, entronizados en el club de los *Cultural Studies* como portavoces de los ‘buenos salvajes’ de la resistencia cultural y defensores titulares de la atalaya en la cual siguen teniendo sentido las viejas problemáticas y los viejos combates” (Matterald–Neveu). Por otra parte, la construcción de los Estudios Latinoamericanos está vinculada con la problemática de la subalternidad —o “subalternidad periférica”— que emerge —según John Beverley— “a través, o en las intersecciones, de un amplio rango de disciplinas académicas y de posiciones sociales”.

Según la crítica chilena Nelly Richard, los Estudios Culturales y los Estudios Latinoamericanos comparten el proyecto de mezclar “pluridisciplinariedad y transculturalidad” para comprender “los nuevos deslizamientos de categorías entre lo dominante y lo subalterno, lo culto y lo popular, lo central y lo periférico, lo global y lo local [...] que llevaron al teórico a ‘reformularse híbridamente’”.

El crítico estadounidense, Fredric Jameson, quien clasifica los estudios culturales como “posdisciplinarios”, alerta sobre el manejo de estos estudios como “lo políticamente correcto”, con el surgimiento de ciertos “movimientos sociales nuevos”, como el antiracismo, el antisexismo o la antihomofobia.

Nara Araújo, al referirse a los estudios culturales, dice: “los teóricos y críticos latinoamericanos reconocen su impulso democratizador (Nelly Richard), mientras les inquieta una homogeneización del producto cultural que, en caso de la literatura, supone una pérdida del concepto de ‘valor estético’ (Beatriz Sarlo), así como los límites borrosos entre la sociología y los estudios culturales, cierta debilidad teórica y su burocratización en los Estados Unidos (Nelly Richard)”.

Estas reflexiones pueden servir de marco para la lectura del libro que hoy nos convoca: *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en*

América Latina, editado por Mabel Moraña y María Rosa Olivera-Williams, dos reconocidas investigadoras trasterradas desde los centros académicos rioplatenses a las universidades de Estados Unidos.

El libro está estructurado con una introducción que justifica y explicita el título y el corte analítico elegido por parte de María Rosa Olivera-Williams, de la Universidad de Notre-Dame. En dicha introducción, se hace referencia a la “pretendida desterritorialización en la que vivimos como fruto de las demandas de la economía neoliberal y la tecnologización” que crea un nuevo mapa entre el Norte y el Sur del continente americano. Frente a la decadencia de “la ciudad letrada” (Jean Franco), se modifica el papel de los intelectuales, de las identidades genéricas y del Estado en la cultura latinoamericana. La coautora y coeditora nos informa que este libro se gestó en tres paneles del XXIV Congreso de LASA (Latin American Studies Association, 2003, dedicado a la globalización) a cargo de las editoras y de otras académicas reconocidas.

El título alude al trabajo intelectual de las mujeres, ya que Minerva o Atenea, diosa de la sabiduría y de la victoria, nace de la cabeza de su padre Zeus o Júpiter, ya adulta, y cubierta con los símbolos de la fuerza masculina (el escudo de oro) y de la sabiduría, y de los lazos domésticos y familiares (la serpiente de la gran diosa). Por lo tanto, Minerva resulta una figura compleja, con atributos masculinos y femeninos.

Según María Rosa Olivera-Williams, “el pensamiento y acción de Minerva no promueve ni una subjetividad rígida, ni la división absoluta de los arquetipos femenino–masculinos”, sino los integra. Siguiendo a las autoras, en el símbolo de Minerva se reunirían los tres términos de esta investigación colectiva, con marca de género femenino: intelecto, género y Estado.

El libro está estructurado en cuatro secciones o partes, y recordemos que el cuatro también es un número femenino, vinculado simbólicamente con la tierra, según estudios numerológicos, frente a la omnipotencia de la estructura patriarcal triádica. Estas secciones se subtitulan: “1. Políticas del género”; “2. Rostros del poder”; “3. Identidades y modernidad”, y “4. Relatos de la globalización”. Además, la citada introducción y una coda o adenda, titulada “Postscriptum”, a cargo de la otra coordinadora y editora, Mabel Moraña, de Washington University. En total, el volumen consta de 19 ensayos, que junto con los artículos de apertura y cierre,

Signos Literarios

suman 21. Todas las críticas incluidas son mujeres, no así el *corpus* de autores seleccionados que incluyen también a escritores hombres, como los argentinos Alejandro Gerchunoff (estudiado por Mónica Szurmuk), Tomás Eloy Martínez (a cargo de Alicia Ortega Caicedo), Carlos Octavio Bunge (por Silvia Molloy) y Jorge Barón Bisa (por Nora Domínguez); y el chileno José Donoso, con su libro testimonial sobre el *boom* y como novelista (de Diana Sorensen). Junto con estos escritores se incluye el análisis del trabajo periodístico del fraile decimonónico Francisco de Paula Castañeda (de María Cristina Iglesia), y del científico Carlos Pascacio Moreno, más conocido por su profesión como “Perito Moreno” que da nombre a un famoso glaciar argentino (Silvia Molloy).

En cuanto a las escritoras como sujetos protagónicos de los ensayos, se incluyen algunas marginadas del canon literario androcéntrico, como es el caso de la escritora y bailarina Nelly Campobello, estudiada por Margo Glantz, a partir de un artículo de Julio Jiménez Rueda, donde se refiere al “afeminamiento de la literatura mexicana”, en contraste con la viril “fiesta de las balas” de la narrativa de la revolución mexicana.

La cubana Dulce María Loynas, merecedora del Premio Cervantes 1992, es estudiada por Elizabeta Sklodowska, en torno a la dialéctica del enclaustramiento y la transgresión frente al poder político. En esta línea, Loynas convirtió su casa en el recinto de la Academia Cubana de la Lengua y subrayó, de este modo, la resistencia civil.

Otra escritora consagrada incluida en este volumen es la brasileña Clarice Lispector, estudiada por Teresa Porzecanski desde una estética del silencio y de lo no dicho, desde la categoría del “feminolecto” y la escritura de lo “no importante”. Este ensayo inicia con una leyenda atribuida a los indios onas, de Tierra del Fuego, cuyos hombres enseñan a sus hijos varones a ocultar a las mujeres de la tribu sus cosmologías para evitar que se conviertan en independientes y rebeldes.

Dos escritoras uruguayas, relegadas por la crítica oficial y reconocida, son analizadas desde una nueva perspectiva en este salto de Minerva. Se trata de la poeta Selva Márquez, trabajada por Tatiana Oroño desde la presencia de lo urbano y la modernidad periférica de una ciudad como Montevideo, y de la novelista Armonía Somers con el título *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*, estudiada por Dianna Niebylski desde la patología

posmoderna, con reflexiones en torno a lo subversiva que resulta la estética del horror y los poderes de la abyección.

Además de la escritura de ficción, se incluyen a cargo de Nelly Richard, quien recuestiona la premisa del feminismo de que “todo lo privado es político”, las voces testimoniales de tres mujeres públicas y poderosas del Chile contemporáneo: la exministra de justicia del gobierno de Pinochet, Mónica Madariaga; la presidenta del partido comunista, Gladys Marín, y la presidenta del Consejo de Defensa del Estado, Clara Szczaranski. Y en la línea de investigación y rescate de materiales poco conocidos acerca del mundo del sindicalismo y el trabajo fabril femenino, se incluye el ensayo acerca de los archivos de Carolina Muzilli: “Los cuerpos del trabajo, el trabajo de los cuerpos”, por Adriana Bergero.

Una vuelta hacia los mitos religiosos, en estos casos ginocéntricos, es el trabajo de María Rosa Olivera-Williams en torno a la novela *El sueño de Úrsula*, de la conocida poeta María Negroni, que aborda la leyenda del siglo V antes de nuestra era, popularizada en la Edad Media, del viaje y martirio de Santa Úrsula y sus acompañantes, las once mil vírgenes de Colonia, una de cuyas versiones aparece en la leyenda áurea de Jacobus de Voragine del siglo XIII y en la pintura del veneciano Vittore Carpaccio.

Según la crítica, “ante la maquinaria burguesa y globalizante de subjetividades”, Negroni opone un sujeto mujer que, según la propuesta de Žižek, sería “el sujeto por excelencia”. Otro mito, pero esta vez construido en torno a una figura histórica, es el de Eva Duarte de Perón, en sus múltiples transformaciones en el ensayo de Susana Rosano titulado: “Reina, santa, fantasma: la representación del cuerpo de Eva Perón”.

Además, se incluye un trabajo de Doris Sommers acerca de “las lenguas del amor”, una lectura de corte sociolingüístico en torno al problema de la “alternancia” o *code-switching*, analizado desde los estudios de género como la posibilidad de ser “*queer*”, raras y alternar bilingüemente entre un papel y otro “la particularidad frente al universalismo masculino”; otros dos ensayos reflexionan en torno a los problemas de la globalización: el de Mary Louise Pratt, titulado “Los imaginados planetarios”, a partir de la publicidad del volante de una secta milenarista peruana llamada “Divina revelación: Alfa y Omega”, y el de Jean Franco, titulado “En el interior del imperio”, que estudia la economía de mercado y lo *lite* en la novela, poesía y música contemporánea frente al problema del

Signos Literarios

valor en los ensayos de Beatriz Sarlo y Silvano Santiago, las máscaras mexicanas que incluyen a “Super Barrio” y al “Subcomandante Marcos”. Jean Franco ha afirmado que “después de todo, los movimientos son ahora planetarios”. Este ensayo forma parte de su libro titulado *Decadencia y caída de la ciudad letrada*.

En el Postscriptum, Mabel Moraña escribe la proyección y balance de este libro —lo que podría servir como presentación del mismo—, y afirma que los ensayos se mueven entre “un mundo atravesado por dictámenes variables de mercado, diásporas constantes, redefiniciones identitarias y la mutación de los espacios de interacción social”. En consecuencia, añade: “las subjetividades se convierten en espacio de lucha y de negociación permanente” y señala el problema del “vaciamiento de la personalidad en el posmodernismo”. En el primer ensayo del apartado acerca de “Políticas del género”, afirmaba que se debían negociar las categorías de universalismo y particularidad y que “la cuestión del género es el punto ciego de las teorías de la subjetividad que dominaron los escenarios de la modernidad”. En el cierre del volumen, Moraña afirma que los artículos en torno a escritoras latinoamericanas y sus críticas conforman una especie de “contra-canon literario latinoamericano”, y reordena los 19 ensayos que conforman el libro *El Salto de Minerva* en tres ejes subtulados por la editora, como: “1) Bases para una teoría del cuerpo (político)”; “2) Lo que cabe en la voz y lo que el silencio calla. Género y lenguaje”, y “3) Modernidades, globalización, género y poder”.

En términos generales, quiero felicitar a las editoras y a todas las integrantes del volumen *El salto de Minerva. Intelectuales, género y Estado en América Latina*, no sólo por la calidad, sino también por la originalidad y pertinencia académica de sus estudios.

Para finalizar, comentaré, brevemente, tres excelentes ensayos dedicados a la literatura argentina: el de Mónica Szurmuk, investigadora del Instituto Mora y compañera del Taller de Teoría y crítica literaria “Diana Morán”, titulado “Diversidad, multiculturalismo y diferencia en la Argentina del Centenario: Los gauchos judíos de Alberto Gerchunoff”; el de Nora Domínguez, profesora de la universidad de Buenos Aires y especialista en estudios de género: “Dar la cara. Rostricidad y relato materno en El desierto y la semilla de Jorge Barón Biza”, y el estudio de la crítica y novelista Silvia Molloy de New York University, “De exhibiciones

y despojos: reflexiones sobre el patrimonio nacional [argentino] a principios del siglo xx”.

Argentina es uno de los países considerados como “trasplantados”, según el antropólogo brasileño Darcy Riveiro (frente a otros pueblos clasificados “nuevos”, como es el caso de Cuba, o “de testimonio”, como Guatemala o México). Recordemos el dato demográfico de 330 000 inmigrantes que llegan a las costas argentinas entre 1857 y 1930, y si el censo de 1895 arrojó datos de 25% de población extranjera, en 1914 la cifra ascendió a 30%, lo que atemorizó a la clase dominante y a los dueños de la tierra porque no sólo llegaron agricultores y artesanos, sino también militantes obreros e intelectuales, vinculados con partidos anarquistas y socialistas.

El texto de Mónica está dividido cronológicamente. Inicia con la fecha de 1950 y las palabras de Jorge Luis Borges escritas a la muerte de Gerchunoff, a quien recuerda con amistad y admiración, y lo llama un “hombre tan de Buenos Aires”. La segunda fecha es 1889, año en el que la comunidad judía conmemora su presencia en el país, aunque haya testimonios anteriores de su presencia, porque es en 1889 cuando se funda el pueblo de Moisés Ville en la provincia de Santa Fe, en plena “pampa gringa” y cercana a la “zona” que narra una y otra vez Juan José Saer.

Los gauchos judíos de Alberto Gerchunoff se edita dentro del marco de las celebraciones del inicio de la Independencia —1910— y se reedita en 1936. El autor se niega a ser homenajeado en 1940 para conmemorar los 30 años de su publicación. Se trata de un libro único en la literatura argentina, en un país de gran presencia inmigratoria, pero que ha estudiado a la gauchesca como “un tratado sobre la patria” (al decir de Josefina Ludmer).

Szurmuk analiza el modo en que Gerchunoff describe el mundo femenino y el masculino en este libro de viñetas y memorias de recuerdos biográficos, a la vez idealizados y melancólicos, y lo vuelve a leer desde la perspectiva del multiculturalismo.

Nora Domínguez analiza la novela, de marcas autobiográficas, *El desierto y la semilla* (1998), del escritor cordobés Jorge Barón Biza (1942–2001), donde el autor ficcionaliza una tragedia familiar en la que “el dolor es el aspecto íntimo y el horror el rostro público” (Julia Kristeva). En 1964, el también escritor Raúl Barón Biza, acosado siempre por el

Signos Literarios

escándalo que rodea a sus novelas, por las que sufre censura y cárcel, echa ácido al rostro de su esposa, Clotilde Sabattini, en la cita judicial para concertar el divorcio definitivo; posteriormente, se suicida. Las familias son muy conocidas y vinculadas con la política nacional [al radicalismo]. El hijo y autor de la novela trabajada por Domínguez se pregunta cómo narrar el horror y cómo leerlo. Esta perspectiva vincula esta novela con la narrativa de la época de la dictadura militar argentina y con el libro del investigador Fernando Reati titulado *Nombrar lo innombrable. Violencia política y novela argentina, 1975-1985* (1992).

El narrador es a la vez testigo del proceso de destrucción y recomposición quirúrgica del rostro materno en clínicas italianas; rostro que siempre estará relacionado, en el inconsciente filial, con el enigmático de la Esfinge. Según Nora Domínguez, la tensión de la novela “no está en contar la serie de violencias familiares”, sino en convertir al texto de Barón Biza “en una máquina de rostricidad”. Los lectores cordobeses que conocían la historia y quisieron encontrar en la novela una versión melodramática de los hechos se sorprendieron ante una primera novela tan madura y experimental, luego pudieron comentar que el autor, continuando con una larga tradición familiar de suicidios, se lanzó, en septiembre de 2001, desde un decimosegundo piso.

Por último, en este obligado fragmentarismo y parcialidad de mi lectura, me detengo en la narración de otros despojos humanos y otros monstruos presentes en el ensayo de Silvia Molloy, que trabaja el libro de viajes de Francisco Pascacio Moreno, *Viaje a la Patagonia Austral* (1896), y su trabajo como arqueólogo, antropólogo y perito en límites territoriales. Pascacio ve las promisorias ventajas de incorporar el territorio patagónico a la economía del país y confía que los indígenas se convertirán en “sujetos argentinos”, aunque subalternos; también se convierten los indios tehuelches en informantes y objeto de estudio para conformar una colección de cráneos, esqueletos y puntas de flecha que formarán parte de un Museo y que le valdrán, en la lectura de Molloy, “prestigio nacional” y distinción como “héroe civil” a Pascacio. No fue el Perito Moreno ambicioso en bienes materiales porque las hectáreas con las que lo recompensó el gobierno nacional a su vez las donó para la creación del conocido Parque Nacional Nahuel Huapi (por tal razón escribe en su Diario: “tengo 66 años y ni un centavo”). Pero la historia nacional le reconoce sus esfuerzos (en las

negociaciones con Chile por los límites territoriales), y uno de los sitios turísticos más visitados en estos tiempos (por argentinos y extranjeros) es el glaciar Perito Moreno, a cuyo paso todos los barcos hacen sonar la sirena de saludo porque allí yacen sus restos.

Junto al libro científico, Molloy analiza un cuento de corte modernista titulado “La sirena”, cuyo autor es Carlos Octavio Bunge. Fue publicado en 1908 e incluido en el volumen *Viaje a través de la estirpe y otras narraciones*.

El narrador, un simple comerciante que se considera a sí mismo como “no curioso ni naturalista”, tiene un encuentro en las playas de Mar del Plata con un monstruo femenino a quien no mitifica ni embellece y con quien se comunica en “buen castellano”, que las sirenas aprendieron de los descubridores y viajeros coloniales. El monstruo es confiscado en un zoológico donde sufre y añora su libertad, y de donde el narrador la rescata para devolverla al mar, para que los hombres puedan seguir soñando con su mito. La crítica establece nexos, muy sugerentes, entre los indios tehuelches y las sirenas como antiguos habitantes de la región austral y como representantes de una raza debilitada por el contacto con la “civilización blanca” que los cerca y aniquila.

Silvia Molloy apunta que quizá el narrador elegido por Bunge para su cuento sea más sabio de lo que aparenta, porque decide liberar al monstruo antes de que sea “estudiado y exhibido para la nación y como la nación”. En una especie de precursor acto crítico, “libera lo que se busca fijar y domesticar como lo nacional; llama la atención sobre su naturaleza escurridiza, monstruosa e inclasificable; por fin revela la nacionalidad como artificio, como construcción fluida, tanto más estimulante cuando se la abandona a la deriva, cuando se la deja escapar”. Y así termina su espléndido ensayo.

Esta es sólo una posible cala de lectura; pueden intentarse otras, ya que el libro permite múltiples entradas, todas ellas fructíferas y estimulantes para los preocupados por la reflexión crítica en torno a los problemas de género y los estudios culturales en América Latina.

Ana Rosa Domenella

Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa

D. R. © Ana Rosa Domenella, D. F., enero–junio, 2006.